

daños fueron ya cuantiosos y más importante el desaliento. Ese desaliento vino a coincidir con el problema que presentaba la venta de la uva con la proliferación de los Consejos Reguladores en cada zona. Tantas fueron las dificultades que obligaron a tomar una decisión, dolorosa, pero inevitable:

terminar con una labor de más de 20 años y dejar de producir uva y vino, en lo que tanto empeño e ilusiones se había volcado. La viña se levantó y la misma suerte corrió la bodega. Fue en 1982.

## IMPRESIONES Y PAISAJES



SEVILLA. SIGLO XVII

### PASADO Y PRESENTE DE SEVILLA

Por

MANUEL OLMEDO

Vicepresidente de Los Amigos de los Museos de Osuna

**D**ESDE el Renacimiento hasta nuestros días, Sevilla ha sido una de las ciudades del mundo más piropada. Sus monumentos, sus calles, su Semana Santa, su Feria, y en fin, los más variados aspectos de su fisonomía y de su espíritu, han inspirado encendidos elogios a personalidades de las más diversas ramas del saber, subyugadas por las múltiples bellezas deslumbrantes de la urbe famosa.

El inglés Borrow en su libro *La Biblia en España*, traducido por Manuel Azaña, dice:

Nuestra Señora de París es un edificio hermoso; pero a quien ha visto las catedrales españolas, y en particular la de Sevilla, se le antoja casi mezquino y sin importancia, y más parecido a una casa consistorial que a un templo del Eterno.

Castelar veía Sevilla austera:

[...] austera como la Edad Media, y ya iluminada por los albores del Renacimiento, como si las sombras de una época estuvieran en sus bases y el amanecer de otra época alboreara por sus ojivas.

Y Cecilia Bohl de Faber, Fernán Caballero para la Literatura, vuelca su entusiasmo en la Santa iglesia Metropolitana. Dice así:

¡La Catedral de Sevilla! Estas palabras presentan a la mente un edificio magno, una de las maravillas de España, uno de los más magníficos templos del orbe católico, un portento de arquitectura, un joyero de las artes, un venerable archivo de grandes reliquias, un lugar y conservatorio de santo y ostentoso culto; todo esto es la Catedral, pero aún es más. Describir este "más" no es fácil porque consiste principalmente en las impresiones que causa tan admirable conjunto.

Para Azorín, «la Catedral de Sevilla es un mundo». Pedro Luis de Gálvez dice: «hierro y piedra. Dentro del templo, oro».

Y para mí la más hermosa definición poética de la Giralda es el soneto maravilloso de Gerardo Diego.

Giralda en prisma puro de Sevilla,  
nivelada del plomo y de la estrella.  
Molde en engaste azul; torre sin mella.  
Palma de arquitectura sin semilla.

Si su espejo la brisa enfrente brilla,  
no te contemples, ¡ay Narcisa!, en ella;  
que no se mude esta tu piel doncella,  
toda naranja al sol que se te humilla.

Al contraluz de luna limonera,  
tu arista es el bisel, hoja barbera,  
que su más bella vertical depura.

Resbala al tacto su caricia vana;  
yo mudéjar te quiero y no cristiana;  
volumen nada más, base y altura.

En cuanto al Alcázar, para Castelar, estaba «cincelado como una joya y empapado en todos los colores de Oriente».

Y José Muñoz San Román lo califica de «peregrina araguardadora de los más ricos tesoros de la poesía y de la inspiración. Magnífica mansión para reino de místicos y poetas».

¿Y los atractivos de las calles sevillanas? Manuel Chaves Nogales nos cuenta:

Hay en la calle de los Caballeros Sierpes –vieja calle de los Espaderos— un oculto sentido de la ciudad, una manera de ser, que no perciben los extraños y se manifiesta sólo a los iniciados, a los que saben sonreír cuando el visitante protesta, lógicamente, de los edificios anacrónicos, la modernidad incompleta, los establecimientos puerilmente cosmopolitas.

Esto lo decía el maestro Chaves en el año 1921.

De Juan Antonio Cavestany, autor de un libro titulado *Al pie de la Giralda*, que contiene el popular poema dedicado al Parque de María Luisa, es un soneto dedicado a las calles sevillanas, cuyo primer cuarteto dice: «Desde que empieza el fuego del estío / con nardos y claveles por alfombra, / harto de claridad, de sol hastiado, / el pueblo de la luz vive en la sombra».

Y Luis Gabaldón, en 1928, afirmaba que «la calle de las Sierpes es como una novia que tuvieran los sevillanos, en la que han puesto todos sus quereres».

Para Juan Gonzalo Olmedilla, la Semana Santa sevillana es «fiesta que parece un sueño febril de la fantasía»; y Manuel de Góngora, cantando a la noche de Viernes Santo, escribía en *ABC* de Madrid:

Noche andaluza, viva y traspasada de sollozos, luceros y cantares; palpación profunda y desmayada de un corazón florido de azahares.

El terceto final del *Soneto a Sevilla*, de Francisco de Herrera, “el Divino”, dice: «No ciudad, eres orbe, en ti se admira / junto cuanto en las otras se derrama, / parte de España más mejor que todo».

Y Cervantes, en la comedia *El rufián famoso*, afirma: «dulces ratos los que en Sevilla se gozan, y dulces comodidades de aquella ciudad famosa». Y en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, la define como «lugar tan acomodado a hallar aventuras que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno». Y también Cervantes la califica de «amparo de pobres y refugio de desheredados, que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes».

Lope de Vega se despachó a su gusto ensalzando a Sevilla, para él:

[...] ciudad hermosa y bella por quien el Sol más presto viene a España.

Soberbio teatro del mundo, esfera de la discreción y centro de la grandeza de España, y cifra, y mundo pequeño.

Todo en ella es en extremo perfecto, y su gente oscurece a la romana.

Es la más bella ciudad que mira el sol de Europa.

Y mucho más ditirambos, algunos quizá hiperbólicos.

Lord Byron, George Borrow, Teófilo Gautier, Camille Mauclair, manifiestan sus entusiasmos por Sevilla. Y otros panegiristas ilustres fueron Manuel Machado, Eduardo Marquina, Rubén Darío, Armando Palacios Valdés, García Sánchez, Sánchez Mazas, José Andrés Vázquez...

Pero el proceso de degradación de Sevilla, que venía de largo, se disparó en el siglo xx. Yo he sido triste testigo de los

desmanes de la piqueta criminal en el Teatro San Fernando, las plazas del Duque y de la Magdalena, entre otros crímenes promovidos por intereses bastardos. Y también he presenciado la creación de nuevas barriadas estéticamente lamentables, ejemplos de negaciones urbanísticas y arquitectónicas.

En el año 43, en el homenaje a los artistas residentes en nuestra ciudad galardonados en la Exposición nacional, el ilustre escultor Enrique Pérez Comendador dijo a voz en grito: «¡Municipes negligentes, arquitectos antiartistas! Estáis convirtiendo Sevilla en una ciudad pueblerina y fea».

Y siguió el proceso degenerativo. Y cincuenta y nueve años después de las alarmantes palabras de Pérez Comendador, Vicente Lleó, catedrático de Estética y de Geografía e Historia, decía en *ABC*, entrevistado por Ángel Pérez Guerra:

Sevilla es una ciudad frágil. Sigue viviendo de sus rentas, pero es cada día más fea, más hosca, más sucia y más brutal. Es una ciudad asolada por el vandalismo impune, que se solaza en las pintadas y en la destrucción. La movida es el caso más elocuente. No se trata de jóvenes marginales. Muchos de ellos son de clases medias, acomodadas. Se comportan con un incivismo verdaderamente atroz, y no pasa absolutamente nada. Aquí no reacciona nadie.

Estas y otras muchas cosas decía el profesor Lleó, caballero de plausibles rectitud e independencia, en el 2002.

Y seis años después, Antonio Burgos, en su siempre aleccionador recuadro, comenta con su peculiar ironía: “El escándalo de la Avenida Premiada”. Porque como sabéis, el Ministro de Cultura ha galardonado la destrucción de la avenida, porque, la Avenida no la han peatonalizado, la han destruido, le han quitado todo su encanto sevillanísimo. La han disfrazado de calle de Austria, de Alemania o de Holanda, pero, digo yo, en desafortunado remedo, con ese tranvía comparado por Burgos con los cacharritos de la Calle del Infierno.

Supone el articulista que le darán un pedazo de premio a la Plaza del Pan con sus palmeras de acero. Y a la Plaza de la Alfalfa con su mobiliario urbano engalanado temporalmente con la exposición de opulentas esculturas de Baltasar Lobo, y a la Alameda y a las Setas de la Encarnación. Y, en fin, serán galardonadas todas las barbaridades del campeonato de chorradas que es ahora Sevilla, tristemente.

Volvamos al título de este trabajo: “Pasado y presente de Sevilla”. Estudiar y amar el pasado no debe impedirnos ser de nuestro tiempo. En mi niñez, mi adolescencia y mi juventud, Sevilla era una ciudad pobre pero honrada, conformista, acogedora y educada, exquisitamente educada...

Al correr de los años, al par que aumentaba el poder adquisitivo de los sevillanos, se relajaban las relaciones familiares y las maneras en el trato amistoso; se deterioraba el vocabulario; las maneras y los términos de cortesía degeneraban y se imponían expresiones de mal gusto. La educación en general se iba deformando. En mi época escolar había una asignatura titulada Urbanidad, en la que se enseñaban modos de comportamiento. La utilísima asignatura fue lamentablemente suprimida.

En fin, la cultura, la ética y la estética han sufrido un triste deterioro. Y Sevilla, además de todo lo que han dicho de ella Vicente Lleó y Antonio Burgos, es una ciudad incomoda e inhóspita.

Pero no debemos dejarnos dominar por el pesimismo. Ciertamente padecemos errores y negligencias irreversibles. Pero también los hay remediables. Y hay que desterrar ciertos funestos esquemas. Para ello, lo primero es reconocerlos y después obrar en consecuencia.

